

lle de las miserias, el premio que le halla merecido su fidelidad en el cumplimiento de sus obligaciones sociales, ó el castigo que hayan atraído sobre su cabeza los pecados de esa misma sociedad culpable.

El poderoso imperio romano, que con brazo férreo cargó á todo el mundo de desventuras, y con las cadenas de oprobiosa servidumbre fué á sujetar á los pueblos mas distantes, llegó tambien al término de su carrera: y un día, al impulso de las hordas septentrionales, que eran el soplo de la justicia del cielo, cayó hecho pedazos el coloso, aterrando á todas las naciones con el estruendo de sus ruinas: y todas las generaciones que han venido despues, han ido á contemplar con pasmo y admiracion entre los gigantescos escombros del Capitolio, al senado, á los tribunos del pueblo, y á los soberbios emperadores, que dominaban al mundo y se llamaban inmortales en los momentos mismos de devolver á la tierra sus despojos carcomidos por vergonzosos placeres. Y entre el polvo del Foro donde tantas veces se alzó como un recio huracan el tumultuoso rumor de las pasiones populares; y entre los derruidos muros del Circo, donde por muchos siglos se puso en espectáculo la degradacion de un pueblo envilecido, aun se advierten las huellas de la existencia de una sociedad criminal que pasó como la sombra fugaz de una ave que vuela fugitiva, como el brillo fementido de una antorcha que se apaga, como el transitorio ser de la espuma que se deshace por la corriente de las olas.

La sociedad francesa, que por muchos siglos fué levantando su magestuoso vuelo hasta remontarse á las mas altas regiones del esplendor humano, fué adormeciéndose despues á los desvanecedores vapores de costumbres corrompidas: prestó atento oido á los ridículos sarcasmos de filósofos insensatos; y un día fué sorprendida por el torbellino de la revolucion, que entre sus rojizas nubes arre-

bató la civilización con el reluciente brillo de su nobleza, el poder debilitado de sus reyes, y á toda la sociedad que fué desmenuzada como una débil flor, cuya delicada corola se deshoja por el aquilon.

La causa de estos acontecimientos que entrelazándose mutuamente, se eslabonan como una extensísima cadena para atravesar toda la corriente de los siglos, en vano la preguntaremos á todas las ciencias puramente humanas, y á la mentida sabiduría de esas escuelas que en el exceso de su soberbia, han creído poder explicar con el solo esfuerzo de la razon del hombre, el modo de ser de todas las cosas. Solo la ciencia católica, que procede del seno de la Sabiduría Increada, y que atraviesa los luminosos espacios de la claridad eterna para venir á dar luz al mundo, es la única que sabe y puede explicar, así en el órden físico como en el moral, las leyes á que están sujetas todas las cosas: es la única que alcanza á descubrir donde tiene cada una sus profundas raíces; y la sola, que puede medir con exactitud precisa, los vastísimos fundamentos de todo lo creado. En esa fuente inagotable deluz, en ese riquísimo depósito donde se atesoran todas las maravillas de la ciencia, donde se encierran todos los tesoros de la sabiduría, es donde se da razon del peso, número y medida con que todas las cosas fueron hechas; del perfecto equilibrio que el Supremo Hacedor puso en todas sus obras; y del maravilloso concierto que se descubre en toda la creacion.

En esa ciencia prodigiosa donde la luz no rompe las tinieblas con que se velan los misterios, ni los misterios quitan un solo reflejo á los rayos de la luz, es donde sin salir jamás del círculo de todo lo creado, conocemos el modo con que por todo lo creado se dilata la accion continua é infinita de su Autor.

Partiendo del dogma de la Providencia, que es el pun-

to á donde se reconcentran todos los dogmas relativos á la humanidad, venimos luego al dogma de la unidad y de la sociedad del género humano, hecho el hombre, uno y vario, á semejanza de su Criador: uno en la naturaleza, vario en la diversidad de las personas; y discurrendo luego del dogma de la reconcentraci6n de toda la naturaleza humana en el primer hombre, y de la dilataci6n del primer hombre en todo el género humano, ayudados luego con el dogma de la libertad humana y apoyándonos en la tradici6n de todas las generaciones, sorprendemos al padre del linaje humano en su prevariaci6n primitiva, y desde allí descubrimos luego el dogma de la solidaridad humana, que es la clave para descifrar todos los enigmas sociales, la luz para penetrar esos profundos arcanos que las sociedades presentan en sus arrebatadas y misteriosas ondulaciones.

El primer hombre, sin embargo de haber sido creado un individuo, fué creado tambien, no solo para la sociedad, sino que su propia naturaleza era la sociedad misma. Adán, por lo que su naturaleza tenia de vario, contenia en sí mismo á toda la humanidad; y la humanidad, es decir, todo el género humano, es una en su sustancia y en su naturaleza, por cuanto esta fué contenida en el primer hombre. De suerte, que cuando Adán cay6 en el pecado, no solo hizo degenerar su naturaleza individual, sino la naturaleza humana, la naturaleza de la especie que contenia, la naturaleza de toda la sociedad que representaba en su individuo. Siendo este dogma de la corrupci6n general en Adán y de la trasmisi6n de la culpa por medio de la generaci6n, el que mas perfectamente atestiguado se halla por la creencia general de todos los pueblos, que se han ido sucediendo en toda la prolongaci6n de los tiempos.

De la hilaci6n que entre sí tienen estos dogmas, se de-

duce como una natural consecuencia, esta verdad incontestable: que cada hombre tiene como individuo, una responsabilidad que le es propia y personal; y como miembro de la especie, una responsabilidad comun á todos los hombres, cuya naturaleza está identificada en la unidad. A esta responsabilidad comun que todos los hombres tenemos, no por los pecados propios, sino por las culpas de la naturaleza que es comun á todos, es precisamente á lo que se llama solidaridad.

Pero esta ley de la solidaridad, viene de tal manera adherida á la humanidad, que no solo está el hombre sujeto á ella en la asociaci6n con el género humano, sino que, cuantas veces entra el hombre en sociedad, otras tantas cae bajo el imperio de esta ley inevitable. El hombre queda sujeto á la solidaridad doméstica, por ser miembro de una familia; de la solidaridad civil, como ciudadano; y de la solidaridad nacional, como miembro de una naci6n. El pueblo judío, por esta ley inevitable, report6 el castigo de su deicidio; aunque no todos sus individuos sentenciaron al Hijo de Dios, ni todos gritaron con aquel clamor insensato *Tolle, Tolle, crucifige eum*. Los habitantes de Cartago, fueron aplastados todos bajo el peso de las legiones de Scipion el Africano porque eran solidarios de los insultos hechos á los romanos; aunque no todos habian escupido al rostro del pueblo rey, ni conculcado sus glorias como Anibal. Los nobles españoles en la época que gobernaban los descendientes de los godos, sufrieron por ocho siglos la pesada mano del poder musulman, por haber sido hechos solidarios de la conducta licenciosa del rey D. Rodrigo y de la afrenta con que este monarca manch6 la frente pura de la Caba, la cual él pag6 personalmente con su famosa derrota en los campos del Guadalete.

Mas, así como, y esta es una verdad bien consignada

en la historia y atestiguada por la tradicion de todos los pueblos, muchas veces el Señor castiga en los hijos los pecados de ascendientes culpables, así tambien muchas veces perdona á una generacion culpable en atencion á los méritos de algunos: y esto no es por otra razon, sino porque así como por la solidaridad reportamos todos los miembros de una asociacion, la responsabilidad de los demas, así tambien tenemos derecho á los méritos de los otros por la reversibilidad. De aquí es, que todas las gentes han tenido siempre la fé, de que la Justicia Divina ha podido aplacarse con una víctima: y por eso todos los pueblos, aun los mas salvages, han procurado calmar á sus divinidades, llevando á sus altares víctimas inocentes, cargadas de blandos perfumes y adornadas de esquisitas flores; y nunca se han hecho estos sacrificios, sino con la fé cierta, de que son necesarios para satisfacer por las deudas de la sociedad.

Esto supuesto, si hoy preguntamos nosotros, no como individuos, sino como sociedad. «¿Maestro qué haremos para conseguir nuestro fin?» La respuesta no será otra, que la que ya está consignada en el Libro Sagrado, «Guarda los mandamientos.» Y así como el beneficio que resultara del cumplimiento de esta obligacion, seria en beneficio comun de todos los asociados, así tambien es en daño de todos y de cada uno, la infraccion de esa palabra divina, que no es solo un consejo, sino un precepto del cual necesariamente depende que la sociedad llegue al fin de prosperidad que le está reservado si es fiel en el cumplimiento de sus deberes, ó tenga una vida cargada de desventuras y un término lleno de desastres si es infiel y provaricadora.

Y como el órden individual está comprendido en el social, es claro y evidente, que para que la sociedad cumpla con esta obligacion estrechísima de guardar los manda-

mientos, se necesita en primer lugar; que se guarden individualmente por todos los miembros que la formen, y que además, cada uno de sus individuos coopere á que la misma observancia tenga la ley en todos los demas. Si llegara un tiempo en que esto se verificara, ese tiempo seria la edad de oro de las naciones, vislumbrada en la antigüedad por Platon; soñada en los tiempos modernos por los filósofos utopistas; y que solo ha podido revelar al mundo la Víctima Infinita del Calvario, porque era La Verdad hecha carne, y porque siendo Dios y teniendo el tesoro de todas las divinas perfecciones, era el Solo que podia descifrar á los hombres este enigma, enseñándoles la ciencia católica.

Si el hombre como individuo no puede alcanzar su fin andando por caminos extraños á la guarda de los mandamientos de que la Iglesia es la fiel depositaria, ménos lo puede alcanzar la sociedad, que no es cosa distinta del hombre, sino que es el hombre mismo en la unidad de su naturaleza y dilatado en la variedad de sus personas. De manera, que nada puede afirmarse del hombre que no se afirme de la sociedad; ni nada puede negarse en la sociedad que no fuera negado en el hombre. Y si en el hombre es un deber indeclinable, bajo la pena de no llegar á su término final, la observancia de la ley divina; esto mismo debe afirmarse de la sociedad, que no es otra cosa, sino la forma con que en el tiempo se reviste la sustancia del hombre.

El bello ideal de los hombres, tratándose de la perfectibilidad de la sociedad, es y con razon, la realizacion de estos tres principios que han traído conturbado al mundo; que son los ensueños de todas las gentes; y la esperanza de todas las naciones. El principio de la libertad: el principio de la igualdad; y el principio de la fraternidad. Siempre se ha creído, que la sociedad que llegara á estar

en la posesion práctica de estas tres verdades, habia llegado á la cima de la felicidad; y por eso en todo tiempo se les ha buscado como el sendero seguro de llegar á esa tierra de promision del bienestar de los pueblos: toda la dificultad, para llegar á despejar la incógnita de un venturoso porvenir para la sociedad, está en que todos los asociados acomoden su modo de obrar á la consecucion y la práctica de esos tres principios en el órden social.

Cuantas veces, discurrendo el hombre con extravagancia, ha creído que la humanidad no tiene desde su principio leyes fijas é invariables á las que ha de sujetar su marcha sobre la tierra y se ha levantado con el deseo insensato de querer reformar la obra de Dios, otras tantas el desgraciado linage humano ha visto eclipsarse el sol esplendente de la libertad; alejarse de sí el dorado sueño de la igualdad; y desvanecerse como un vano fantasma, el amoroso vínculo de la fraternidad. Las gentes entónces se han levantado contra las gentes: los pueblos han hecho armas contra los pueblos; y entrando en descomunál batalla las naciones contra las naciones, se ha dado al mundo el grande escándalo de querer sojuzgar á la razon por la fuerza. Entónces los hombres que anhelaban ser libres, han gemido bajo las pesadas cadenas de la servidumbre: los que soñaban ser iguales, se han visto bajo la dominacion del mas fuerte; y los que antes fueron hermanos, se han convertido en enemigos irreconciliables, inundando la tierra con irrestañables regueros de sangre, asechando el momento de sacrificarse en una guerra interminable.

Solo una revolucion, dice un escritor ilustre, se ha efectuado en toda la prolongacion de los siglos, sin emplear mas fuerza que la de la palabra y sin derramar mas sangre, que la del que proclamó la trasformacion del mundo. ¡Revolucion admirable, que despues de una pacífica en-

señanza por el Deseado de las naciones, concluyó diciendole á sus discípulos: «Os he dado ejemplo para que vosotros hagais como yo he hecho.» Y diciendo esto, subió la Víctima Infinita á la cumbre del Gólgota: allí abrió las compuertas de su amor; y con su sangre divina lavó las huellas de iniquidad, que el hombre pervertido dejara en su marcha de todos los siglos sobre la tierra. Entónces fué, cuando el mundo respiró el suspirado ambiente de la libertad: solo entónces y bajo esa ley divina, no fué ya una quimera la igualdad de los hombres; y presenció el mundo el tierno espectáculo de ver hechos hermanos á todos los que llevan sobre sus frentes la insignia sagrada de la Cruz. ¡Vínculo universal para unir en una sola familia á los pueblos mas remotos de la tierra!

Todas las sociedades que comprendió en su gigantesca extension el politeismo bárbaro del mundo antiguo, lo mismo que todas las sociedades racionalistas de las edades modernas, se han postrado ante una divinidad implacable, ante un dios, ciego, que los hombres han llamado la fatalidad ó el destino. En estas sociedades degradadas, á causa de haber estado velada la verdad con la negra nube de los errores, en vez de hombres libres solo ha habido rebaños de esclavos y muchedumbres envilecidas en lugar de ciudadanos igualés; solo ha tenido la sociedad poderosos que mandan con el bárbaro derecho de la fuerza y débiles que obedecen ciegamente por la degradacion; y el mundo, en lugar de ver sociedades formadas por hermanos, solo ha presenciado la division y la ruina de las mismas sociedades por feroces enemigos.

Solo la sociedad católica no ha muerto: enseñando siempre teórica y prácticamente, los tres grandes principios de la libertad, la igualdad y la fraternidad, ha visto estrellar bajo sus inmóviles bases, todos los huracanes de las revoluciones humanas; y es la única que ha dado al mundo

el ejemplo de una sociedad libre, donde todos sus miembros son iguales en su calidad de hijos de esa sociedad; y eso no por otra razón, sino porque todos son verdaderamente hermanos.

La sociedad católica en su imperturbable marcha ha traído siempre en su mano un estandarte de luz, y ha venido borrando las huellas y destruyendo los nefandos adoratorios de la mentida divinidad del destino, explicando á la humanidad de la manera más cumplida, el gobierno de la Providencia Divina en el orden moral de la marcha de las sociedades, concurriendo en una acción espontánea el libre albedrío del hombre. Solo á los reflejos de esa luz pueden verse las hermosas regiones de la libertad, porque en vano suspiran las sociedades extraviadas en los errores: solo con la enseñanza de ese don celestial de la libertad humana en relación con la Providencia Divina, es como la fuerza bruta abdica su bárbaro poder en manos de la justicia, reconociéndose las reuniones de hombres libres como sociedades de personas iguales en derechos; y al llegar á este punto donde se descubren estos anchurosos horizontes, el hombre ve que no es más de un viagero en este valle de lágrimas; y apartando su vista de la tierra, la pone en las altas y serenas regiones de la eternidad; deja de ver la felicidad en los placeres, y cuenta la dicha por los latidos que el sacrificio hace dar al corazón; y en vez de ver entonces en el hombre cargado de desgracias y cercado de tribulaciones, un ser envilecido á quien debe ver con desdeñosa mirada y oprimir con la tiranía de su injusticia, ve á una víctima del dolor á quien procura enjugar su llanto con mano compasiva, y á un hermano á quien estrecha entre sus brazos con ternura. Las obligaciones, pues, del hombre en el orden social están en procurar el desarrollo de esos tres elementos divinos, que la humanidad no poseería, si el cielo no se los hubiera reve-

lado para que llegara á su perfección sobre la tierra en la diversidad de sus personas, y á su perfección en el cielo en la unidad de su naturaleza.

Y esto no es un consejo: que el hombre á su arbitrio pueda adoptar ó desechar; es un deber preciso, indeclinable, que si deja de llenarse tiene la sanción de una pena terrible para la sociedad; así como para las sociedades que la cumplan, traerá una remuneración centuplicada.

Pues bien, hoy que por todas partes se levantan densos nublados para velar el sereno y apacible rostro de la verdad; cuando de todos lados se desprenden silvidos de desprecio y risas de burla para escarnecer á la justicia; cuando en lugar de esa fraternidad que debía unirnos en una sola familia se ve el odio y el rencor en unos, los deseos de la venganza en otros, la indiferencia en muchos y el egoísmo en los más; cuando por donde quiera hierve el furor de las pasiones; cuando sin miramiento alguno se conculca no solo lo que hay de más sagrado en la tierra sino cuanto es más venerable en el cielo; cuando la sociedad se desquicia por todos sus ángulos; cuando camina sin brújula y sin piloto como una débil barca arrebatada por las olas embravecidas de una tempestad de secha, no hay otro remedio, que buscar en la doctrina católica la tabla de salvación en el naufragio que nos amenaza; la luz, que rasgue y atraviese las negras sombras de los errores; que como un crespón funerario se extienden sobre esta sociedad desgraciada; el grano saludable de las obras, que vigorice á este pueblo por tantos años ya, agobiado de desventuras sin cuento.

Pero porque la sociedad es solidaria en la responsabilidad de todos sus miembros; y porque á todos sus miembros les son reversibles los méritos de cada uno de ellos, no debe el individuo encastillarse en un egoísmo

criminal, y conformarse con el cumplimiento de sus obligaciones individualmente. El sacerdote debe trabajar en el infatigable ejercicio de su ministerio apostólico; y el seglar en la eficaz cooperación para el desarrollo y la práctica de la doctrina y la moral del evangelio: el rico en la liberal administración de los bienes de fortuna, que no se le han dado para engolfarse en la soberbia, ni para ennegarse en los placeres, sino para guiar á la sociedad en un prudente trabajo: el magistrado público en la rectitud para tener el fiel donde se pesen las acciones públicas: los ciudadanos en servirse recíprocamente de reflejo en el esplendor de las virtudes sociales: la madre de familia en la delicadísima misión de ser punto de unión de la sociedad doméstica por los tiernos lazos del sacrificio y del amor: la hermosa vírgen en perfumar á toda la sociedad con el exquisito aroma de sus gracias puras en el ejercicio de las más delicadas de las virtudes cristianas; y todos y cada uno de los miembros de la sociedad, en no tener escondido el talento que se le haya concedido, sino poniéndolo en vía de lucro para el fin general del bien de la sociedad.

Hoy, que no sé por qué designio de la Providencia, he sentido mover la pluma bajo de mi mano para trazar un cuadro histórico de nuestra patria, para contar todos los vaivenes sociales de este pueblo privilegiado, para señalar todas las desgracias de una sociedad infortunada, contar las lágrimas que el dolor la ha hecho verter en su fatigosa marcha, y cantar el himno de gloria que corresponde á sus heroicos esfuerzos para resistir los furiosos embates de espantosas borrascas, no puedo menos que cerrar mi trabajo haciendo una llamada de atención á la sociedad en general, del puerto seguro de su salvación en la tormenta que la combate, y en particular á la sociedad católica, de la cual cada uno de sus miembros, es un va-

so de elección para llevar las gracias celestiales, que fecundicen nuestra sociedad y la hagan dar una copiosa cosecha de frutos de felicidad.

Si hoy lamentamos la desgracia de ver á nuestra patria fuera del carril de su ventura, no esperemos que pueda llegar á su fin, por el camino extraviado que la ha perdido: si la vemos hundida en el abismo pavoroso de los errores y de la anarquía, en vano esperaremos que la saquen de él, los que la han conducido á ese desgraciado término. No: [el puerto único de salvación, es el que nos indica la luz de la ciencia católica; y si las playas de la ventura social no son otras, que las de la moral evangélica, á la sociedad católica es á la que le corresponde la gloriosa obra de la regeneración de una sociedad, que como el Hijo Pródigo, anda fuera de la casa de su Padre, en regiones extrañas y sombrías.

Para conseguir este fin, ni es necesario tener en la mano el timón de las acciones políticas; ni la esperanza debe debilitarse porque los principios católicos estén como ahrojados con las cadenas de los errores demagógicos. También cuando la civilización se refugió en los pechos de los primeros atletas del cristianismo, de esos heraldos de la causa santa de la libertad de la humanidad, el sol de la justicia tuvo que esconder sus refulgentes rayos entre las catacumbas. Pero cuando el Señor del Universo probó en el fuego de la tribulación á los que habían de seguir su bandera; cuando los halló ya dignos de su causa; cuando en sus nobles pechos se embotó el hierro de la tiranía; cuando la grandeza de sus virtudes se sobrepuso á la enormidad de los vicios públicos, entonces les entregó el centro y el destino de la sociedad. Entonces La Cruz, arrojó á Júpiter del Capitolio: la luz de la verdad brilló por todos los pueblos; y la sociedad, tanto tiempo fatigada con la pesada tiranía del error, sintió orear su frente bajo la sombra protectora del PRINCIPIO CONSERVADOR.